

# Viajes interiores

Fernando Díaz-San Miguel

De niño le excitaba la extrañeza que le producían ciertos pisos. Sus primos habían comprado la vivienda de al lado, y al llegar a cierta habitación, en donde siempre hubo una pared y cuadros se abría un boquete, un agujero del tamaño de una puerta doble en donde alguien tendría que venir y poner un marco, nuevas puertas.

En tanto, la casa se abría a otro espacio. De pronto un lugar que explorar, como cuando era joven: entrabas a tientas en las casas, sujeto de una mano que te guiaba hasta la habitación del fondo, besabas, tocabas como llevado por la fiebre y, al amanecer, tenías que buscar la salida torpemente. Pasabas como por cualquier lugar desconocido de la infancia y donde antes sólo había vacío aparecían habitaciones en proceso de colonización. Una mesa, *Aquí irá el despacho de mi madre*, en otra unos botes de pintura y cuadros en blanco. Era excitante y raro, nuevos cuartos dentro de la misma casa. Una situación que te llenaba de dos cosas: miedo a lo desconocido e ilusión.

Pero esta vez no tenía nada que ver con eso. Era distinto. Tenía mucha prisa. Tenía que montarse en el coche y llegar en dos horas a una reunión más o menos importante. Prefería llegar siempre un poco antes.

Bajó al garaje. La premura por irse del despacho para llegar de los primeros hizo que saliera a toda prisa. Tenía ganas de mear, así que era mejor buscar el baño que parar en una gasolinera. Había un baño en el garaje, junto a los otros ascensores, no recordaba muy bien dónde. Aquello era grande, dos o tres edificios de plantas comunicaban con él, a los baños se accedía por otra de las entradas. No sabía por cuál. Caminó con prisa hacia donde creía que estaba esa otra entrada. Coches desconocidos que le imprimían la inseguridad de sentirse un merodeador.

Llegó hasta el otro ascensor. Allí no era. Dio una vuelta alrededor de éste esperando encontrarlo en la parte posterior del ascensor junto a las escaleras. Tal vez no era aquí. Podían estar un poco más allá, en un área en penumbra. Si no estaban allí, no le iba a dedicar más tiempo, podía esperar. Su vejiga ya había demostrado aguante en otras ocasiones.

Al acercarse se quedó extrañado, no entendía bien. Alguien había derrumbado un metro de muro de techo a suelo. La excitación, el recuerdo de aquellas aventuras de infancia en la casa de los primos pudo más que la prisa de la reunión. Sería sólo un momento. Quién, por qué, a dónde llevaba aquel espacio. Alguien accedía hasta su garaje desde otro edificio o aparcaban una moto en un espacio vacío entre edificios.

Llegaba algo de luz desde uno de los laterales, así que se asomó. Al frente, pared y poco después, al avanzar en un lateral, otro garaje con cuarenta o cincuenta vehículos. Qué demonios. A qué comunidad correspondía todo aquello. Era el edificio del final de la calle o era del otro lado de la acera. Tampoco sabía muy bien cuál era la vuelta que había dado hasta llegar al ascensor que no era.

Con su maletín de la mano y sin acordarse de la prisa estaba decidido a desentrañar aquello, o más bien, sencillamente, a localizar dónde se encontraba. Caminó todo recto para encontrar la salida y así volver a su garaje desde la calle.

Ya estaba bien de hacer el tonto, había vuelto la conciencia del tiempo, pero acabó topando con una pared. La luz fluorescente era un poco más baja que la de su edificio, siguió a la izquierda. Parecía que por allí debía de estar, no creía haberse pasado de largo, entre el bosque de columnas, una salida. A cien metros encontró una abertura en el muro algo más pequeña que el tamaño natural de una puerta. Estaba parado allí delante. No enfadado, no triste, no con prisa. En blanco.

Miró su maletín, se alisó la corbata y pasó. Había un pequeño pasillo vagamente iluminado, una sala de máquinas, calefacción y esas cosas, y allí una puerta que abría a un garaje. Uno mucho más nuevo que los otros, por supuesto lleno de coches, y con una línea de color malva en las paredes. Generalmente los aparcamientos se señalizan con una línea roja que ayuda a percibir los volúmenes, a no rayar el coche de lado a lado. Siempre roja, de toda la vida. Ya ni siquiera se preguntaba dónde se encontraba, porque a estas alturas podía estar a un kilómetro en cualquier dirección del punto de partida.

A su izquierda, a golpe de vista, no había nada, coches. A la derecha, al doblar una esquina comenzaba una rampa de descenso. Dónde estaba la de ascenso. Debería estar justo encima. Volvió sobre sus pasos y nada, así que decidió bajar al piso de abajo donde el morado se convertía en color pistacho. No había nada más. Una puerta de hierro del color de la pared y cruzada por la línea verde que perfilaba los contornos de toda la planta.

Sujetó el pomo como el niño que abre el despacho al fondo de la casa nueva de los primos, sin saber qué misterio, qué espacios nuevos se abrirían ante él. Otra casa más tal vez, el balcón del fin del mundo, cosas de críos.

Empuja la puerta hacia dentro. Otro garaje más. En realidad no esperaba otra cosa. Pasa, camina. Ya es absolutamente imposible que llegue a su cita pero se pregunta quién demonios se ha dedicado a conectar unos garajes con otros. Parece, más que un juego o un acceso práctico, un plan de huida. “Me estoy poniendo paranoico”, piensa.

En el nuevo garaje encuentra sin demasiadas dificultades el ascensor, tiene un llavín de acceso restringido, pero no le importa, ya no quiere buscar la rampa de salida, quiere saber a dónde lleva todo aquello. Está seguro de que tiene que haber otra abertura. La encuentra y pasa. Sólo quiere seguir adelante, llegar al fondo de la cuestión. Se ríe, tiene gracia que use esa expresión. Recuerda al niño que leía novelas de Julio Verne, tal vez llegará a un lugar parecido, al centro de la ciudad, al extrarradio.

Tres o cuatro garajes más allá comienza a flaquear. Tiene sed y su vejeja ejerce una presión incómoda. Detrás de un vehículo de carga encuentra otro hueco por el que pasa sin pensar, recto, derecha, izquierda. De repente se encuentra con un hombre. Se queda paralizado. No esperaba encontrar gente. ¿Por qué no ha visto a nadie hasta ahora? Uno siempre se cruza con vecinos, alguna cara conocida o caras nuevas en el aparcamiento que se saludan con desinterés y siguen su camino. Pero se siente bloqueado y su reacción ha violentado al tipo. Le pregunta quién es. Responde deprisa que un vecino, pero el tipo no queda conforme, le pregunta si está bien. “Me siento desorientado”, acierta a decir.

Desde luego no tiene pinta de ladrón de coches, así que da por buena su respuesta y le indica amablemente la salida, lo acompaña a la rampa. Intenta escabullirse diciéndole que esa salida no, que la otra. El tipo se arma de paciencia, le explica que no hay ascensor, sólo eso, unos escalones largos que corren en paralelo con la rampa. Al fondo está la luz del cielo. Se da la vuelta como acorralado y el otro no sabe cómo reaccionar, da el asunto por imposible y se despide airado en dirección a su coche, diciendo que tiene prisa, que usted sabrá.

Queda solo de nuevo. No sabe qué hacer. Desorientado busca el siguiente hueco y no encuentra nada, no localiza el paso anterior. Siempre hacía mucho frío en el piso de sus tíos. La calefacción y el poco mobiliario, supone. La luz de las bombillas colgando del cable en espera de lámparas y el niño volviendo a la zona habitada, al espacio conocido que no guardaba ningún misterio, lleno de ruido y de gente. Sin emociones, sin silencios. Pero era la realidad a la que tenía que devolverse cuando les daban la merienda o cuando venían por él para llevarlo a casa y hacer los deberes.

Se detiene frente a la rampa. En lo alto el portón está abierto, mira las nubes, qué extraño, todavía es de día. Como en la infancia, aquí abajo el

tiempo había pasado sin darse cuenta. Entonces la vida tenía una profundidad más allá de lo cotidiano, un doble fondo. Pero, una vez más, se le había terminado el tiempo o se había cansado de jugar. Daba igual que esa pendiente se abriese a una torre desde la que se podía ver el mundo o el final de la ciudad. Era hora de salir de allí, de dejar de imaginar cosas. Era hora de volver a los incomprensibles deberes. LC

FERNANDO DÍAZ-SAN MIGUEL (Salamanca, 1974). Coordinador de la Tertulia Literaria del Ateneo de Salamanca y director de la *Revista Atril*, España. Su obra poética, reunida bajo el título *El zumo de los días*, comprende hasta el momento los libros publicados: *Poemas menores* (1996); *Cartas en la manga*, libro de poemas con forma de baraja española ilustrado por cuatro autores (1998); *Poemas mayores* (El gancho, 1999); *Poemas imperfectos*, por el que fue finalista del Premio Fray Luis de León de Poesía de la Junta de Castilla y León 2001; *Poemas finales* (Diputación de Salamanca, 2003), y *Libro cero* (Fund. Jorge Guillén, 2009). Ha participado en antologías como *Las palabras de paso* (Poesía en Salamanca, 1974-2001) (2001), *Paisajes de infierno* (2002) o *Los lugares del verbo* (2005), y ha publicado poemas y relatos en diversas revistas.



Altar (2013), de Yuriko Rojas. Foto: Florencio Oliver Hernández Gómez.